

RAÍCES Y ALAS.

Introducción. El camino de cada una de nuestras vidas nunca es lineal, ni previsible, ni siempre se cumplen los plazos marcados y diseñados con anterioridad. No se puede tener perfectamente controlado todo lo que va a pasar, y todo lo que nos toca vivir. Es una vieja aspiración humana poder evitar el sobresalto y la sorpresa. Como si pudiéramos asegurar todo lo que vivimos, lo que nos pasa, y ser capaces de prever el futuro y de minimizar los riesgos. Desde nuestros orígenes algo que siempre ha deseado el ser humano es domesticar el entorno. Lo que la experiencia se encarga de desmentir esa vieja aspiración. La semana pasada vivimos a nivel mundial un ciberataque, en el que se vieron afectadas un montón de empresas. Sonaron todas las alarmas cuando descubrieron que por muchas prevenciones, sistemas antivirus, cortafuegos, y miles de filtros, se colaban en los sistemas informáticos los dañinos virus. Se hacen continuamente revisiones, se pasan controles de calidad, auditorías, chequeos, test, análisis, pero la vida es capaz de burlar nuestras ansias por tener todo bajo control.

Por eso nuestra forma de afrontar esta experiencia de indefensión no es vivir en el temor, en la desesperación, en el cálculo permanente de los riesgos, sino activando una confianza y construyendo una vida con unas fuertes raíces, y unas poderosas alas.

Lo que Dios nos dice. *“Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados, ni en el camino de pecadores se detiene ni en la sesión de los cínicos se sienta; sino que su gozo es la ley del Señor y la medita día y noche. Será como árbol plantado junto a acequias, que da fruto en su sazón, y su follaje no se marchita; todo cuanto hace prospera.” Sal 1,1-3.*

Tener raíces es lo que nos permite vivir las experiencias inesperadas con solidez y estabilidad. Cuando hay una fuerte tempestad, los árboles que resisten son los que tienen las raíces más profundas. Raíces para que cuando vengan los vientos y las tormentas de las dificultades, sean capaces de sostenernos. Raíces por las que podemos nutrirnos, seguir creciendo y dando buenos frutos.

“Así dice el Señor: ¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne, apartando su corazón del Señor! Será cardo estepario que no llegará a ver la lluvia, habitará un desierto abrasado, tierra salobre e inhóspita. ¡Bendito quien confía en el Señor y busca en él su apoyo! Será un árbol plantado junto al agua, arraigado junto a la corriente; cuando llegue el bochorno, no temerá, su follaje seguirá verde, en año de sequía no se asusta, no deja de dar fruto”. Jer 17,5-8.

Raíces como la interioridad, la fe, la confianza en que recorreremos una historia acompañados de la mano de quien más nos quiere y nos ama. Del Dios providente que sabe lo que necesitamos antes incluso de que se lo pidamos. Confianza también en nosotros mismos, en los demás, las personas que la vida asocia a nuestra historia, y que es a través de ellos que encontramos compañía, solidaridad, apoyo, y estímulo en los momentos que más lo necesitamos.

Frente a lo imprevisible podemos crecer en la experiencia de sabernos amados con un amor fuerte que no nos falla. El amor de Dios

“No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sonrojes, no te afrentarán; olvidarás el bochorno de tu soltería, ya no recordarás la afrenta de tu viudez. Porque el que te hizo te toma por esposa: su Nombre es Señor Todopoderoso. Tu redentor es el Santo de Israel, se llama Dios de toda la tierra. Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud, repudiada –dice tu Dios–. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te recogeré. En un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro, pero con lealtad eterna te quiero –dice el Señor, tu redentor–. Me sucede como en tiempo de Noé: juré que las aguas del diluvio no volverían a cubrir la tierra; así juro no airarme contra ti ni reprocharte. Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no te retiraré mi lealtad ni mi alianza de paz vacilará dice el Señor, que te quiere”. Is 54,4-10.

Raíces como el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una cultura, a una religión, no caer en el desarraigo, y el sentimiento de no importarle a nadie. No hay nada peor que el pensar que mi vida no es valiosa. Por eso construir unas fuertes raíces de ser amados y acompañados es fuente de felicidad.

Y junto a las raíces que se construyen desde nuestro pasado, hace falta mirar al futuro con ilusión, desplegando las alas que siempre nos han sido dadas. Alas para volar muy alto, para superar los límites, para desplegar nuestras capacidades y potencialidades al máximo. Alas para ser libres y felices. Alas como los sueños, la ilusión, el afán de superación, la constancia y la fortaleza interior. Alas como la cultura, la curiosidad, la actitud de búsqueda y apertura para aprender de todo y de todos.

“Moisés subió hacia el monte de Dios y el Señor lo llamó desde el monte, y le dijo: —Habla así a la casa de Jacob, dile a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios, os llevé en alas de águila y los traje a mí; por tanto, si queréis obedecerme y guardar mi alianza, entre todos los pueblos seréis mi propiedad, porque es mía toda la tierra. Seréis un pueblo sagrado, un reino sacerdotal”. Ex 19,3-6.

Cómo podemos vivirlo. Que el Señor nos regale unas sólidas raíces, y unas fuertes alas, para que sin perder contacto con la tierra de la que venimos y en la que estamos arraigados, seamos capaces de mirar al horizonte y ser capaces de ir más allá de nuestros límites. De ser capaces de recorrer caminos desconocidos, que no nos asuste la novedad, ni nos empequeñezca lo desconocido. Que los miedos nunca se aniden en nuestra vida, sino que el amor sea capaz de expulsar todos los miedos y todos los temores.